



VISTA DE ATENAS.—LA TORRE DE LOS VIENTOS.

Es un pequeño edificio de mármol blanco, de figura octógona, situado al norte y á corta distancia de la ciudadela de Atenas. Su diámetro es de cerca de ocho metros, y en cada uno de los ocho lados, en la parte superior, hay una figura esculpida, que representa uno de los vientos principales. Vitrubio y Varron nombran al arquitecto que construyó aquel monumento singular: se llamaba Andronicus Cyrresthes.

«Los que se han dedicado á investigar cuidadosamente las diferencias de los vientos, dice Vitrubio, los dividen en ocho, y muy particularmente Andronicus Cyrresthes, quien al efecto construyó en Atenas una torre de mármol: sobre esta torre, rematada en punta, colocó un triton de bronce con una varita; la máquina estaba dispuesta de tal modo, que dando vueltas el triton en direccion opuesta al viento que soplabá, lo indicaba siempre con su varita.»

Las ocho figuras estan esculpidas y forman bajos relieves; se leen sus nombres en caracteres gruesos, y ostentan atributos que las dan á conocer al primer exámen. *Apeliotes*, ó viento del Este, precursor de una lluvia, favorable á la vegetacion, está representado por un jóven, cuyos cabellos se esparcen en todas direcciones. *Notus*, ó viento del Sur, húmedo y abrasador, aparece vaciando un vaso de agua. *Libs*, ó viento del Sueste, que sopla en el golfo Sarónico y en toda la costa de Atica, figura la proa de un buque. Todas las demás personificaciones son por el mismo estilo.

Debajo de cada viento se trazó un cuadrante solar, y resulta así, de la disposicion del que se halla al Sur, como de los del Este y Oeste, que la torre se encuentra exactamente nivelada. Por último, un clepsidro, ó reloj de agua, colocado en el interior de la torre, suplía á los cuadrantes, cuando estos no podian servir. El edificio mencionado indicaba á los habitantes de Atenas, no solo la direccion de los vientos, sino las horas del día.

Vitrubio no habla de este clepsidro, pero Varron lo menciona en su libro III de *Re rustica*. Todavía se conservan sus señales en el pavimento de mármol de la torre, é inmediato al edificio existe un acueducto pequeño, que servia para conducir á él las aguas desde un manantial llamado *Clepsidra*, situado al septentrion de las rocas del *Acropolis* ó ciudadela de Atenas.

En la fachada meridional hay una torre circular, que comunica con el interior por medio de una abertura practicada hácia su base.

Dos puertas daban entrada al edificio; una debajo de la figura *Kai-kias*, ó viento Nordeste, y la otra debajo de *Skiron*, ó viento Noroeste. Como los griegos no poseian cuadrantes de agujas movibles, necesitaban entrar los ciudadanos en la torre y acercarse á la máquina para saber la hora, y así era que, para evitar confusion, se habia dispuesto que una de las puertas sirviese para entrar y la otra para salir.

A estas puertas cubria un pórtico pequeño de dos columnas. Estos pórticos han desaparecido, y solo se ven hoy sus perfiles, muy bien trazados, en las partes del muro inmediatas á las puertas.

El interior de la torre es un octógono regular, lo mismo que el exterior. La parte superior se presenta circular y adornada de ocho columnas dóricas acanaladas.

La Torre de los Vientos reúne la elegancia y la solidez conveniente en un edificio de utilidad pública. El estilo de las esculturas es airoso, la ejecucion escelente; presenta en su conjunto un gran carácter, y muchas partes de su arquiteutura ofrecen proporciones sumamente agradables.

Este edificio data sin duda del principio de la era cristiana, supuesto que Varron habla de él. También es cierto que no puede remontarse al siglo de Pericles, pues los griegos no estaban suficientemente instruidos en las ciencias que dependen de la geometría, para nivelar exactamente el edificio y trazar cuadrantes solares tan perfectos. Solo conocieron la gnomónica en tiempo de Anaximandro, segun Diógenes de Laercio. Esta ciencia avanzó entre ellos con lentitud, y en el siglo III, antes de nuestra era, los griegos no dividian el año sino en trescientos sesenta dias.

### LAS AVENTURAS DE SI-BABAURI.

#### LEYENDA DE MILAH.

Hé aquí una leyenda que el kaid de Milah refirió el año anterior á dos viajeros que todas las tardes iban con él á hacer el *kí* bajo los naranjos del jardin de Si-Babauri.

26 DE DICIEMBRE DE 1852.



Este jardín, dijo á sus huéspedes, no ha pertenecido siempre á mi familia. Antes de que mi padre le comprara pertenecía á un hombre venerado en Milah por su piedad y sus obras de caridad. Se llamaba Si-Babauri; su vida había sido pura, y su vejez era respetada. No era rico, pero jamás turbó su alma la ambición; sus deseos eran sencillos, sus costumbres graves, y la sola dicha que el hombre tiene derecho á esperar sobre la tierra, la había hallado en la tranquilidad de su conciencia y en el sincero afecto de cuantos le conocían.

Mientras que Mahoma le contempló con miradas propicias, Si-Babauri siguió su marcha tranquila por el sendero de la vida y fué feliz. Pero un día, día fatal, los *djins* que frecuentan estas montañas en que veis la *smala* de Ben-Azz-ed-Dine, los *djins* escalaron los muros y vinieron á atacar á Si-Babauri, que estaba descansando debajo de estos naranjos de las fatigas de un día de trabajo.

Era al anochecer (mi padre me lo ha contado muy amenudo), á la hora en que el Muezzin canta para llamar á la oracion del Acha (las ocho y media); para poner en fuga á los *djins*, Si-Babauri no tenía mas que pronunciar las dos primeras palabras de la buena oracion, pero su orgullo le perdió. Fuerte con su virtud, quiso luchar solo contra los demonios y fué vencido.

A cada instante llegaban nuevos grupos de ellos, trepaban por los árboles, saltaban al suelo y rodeaban á Si-Babauri silbando y agitando sus cascabeles. El anciano desarrolló primero su turbante y se tapó los oídos; pero Satanás le inspiró una mala idea. Si-Babauri apartó las manos de la cabeza, y se quedó sorprendido del cambio repentino que se había efectuado á su alrededor.

Todo aquel tumulto de silbidos y cascabeles había cesado; el anciano escuchaba con placer el ruido armonioso que resonaba en el jardín. Voces puras y claras salían de la enramada y le llamaban dulcemente. Impulsado por una fuerza desconocida, prestaba oídos á aquellas palabras engañosas, y sonreía con placer á cada promesa que le enviaba el canto de los *djins*.

La voz de estos se iba haciendo por momentos mas grave y severa.

— ¡Ah pobre viejo! le decian; ¿de qué te ha servido una vida honrada y laboriosa? ¿Dónde están tus tesoros y tus rebaños? ¡Los hijos de un judío estarán mejor considerados que los tuyos, y si te murieras hoy, en qué miseria se verían sumidos!

— ¡Es verdad, es verdad! decía el pobre Si-Babauri prosternándose con la cara hácia el suelo.

— Ven con nosotros, añadieron los *djins*, ven con nosotros que podemos salvarte. Vamos, valor, anciano! ¿Dónde están los tesoros misteriosos? ¿Quién guarda los secretos de la gloria y las riquezas? Nosotros lo sabemos. ¡Las estrellas brillan, esta es la hora! Te enseñaremos las palabras mágicas y te entregaremos las llaves de diamante.

Estas palabras resonaban en los oídos de Si-Babauri como el gorjeo de los pájaros. Halagado por estas mentiras risueñas, dejaba volar su alma sobre las alas de los *djins*, lejos, muy lejos, en el cielo de las maravillas, mas allá todavía del límite de sus ilusiones.

Al verle vacilar en su firmeza, y medio vencido ya, se lanzaron sobre él todos los *djins* revoloteando, y pronunciaron la fórmula ante la cual no podía él ya retroceder: *Dios lo quiere*.

Al oír estas palabras, asustado el anciano, apretó convulsivamente entre sus dedos el rosario de coral que había traído de la santa peregrinación, y se prosternó de nuevo con la cara en el suelo.

Después de una oración prolongada, se levantó; pero estaba fascinado, le había vencido el encanto. No poseía ya las riendas de su inteligencia; un momento de credulidad las había hecho pasar á las manos locas é infernales de Satanás.

El anciano peregrino se arrodilló para orar; pero estas últimas palabras que le habían arrojado los *djins* al marcharse del jardín, eran las únicas que podía pronunciar: *Vete á buscar tu felicidad!*

Toda la noche estuvo oyendo y repitiendo involuntariamente esta frase burlona. No debía olvidarla ya...

Al llegar á esta parte de la narración, la voz del kaíd Si-Mustafá se debilitó y se le oyeron murmurar estas palabras sacramentales: *La haul ou la koute illa billah rabb el alemine* (no hay asilo ni apoyo mas que en Dios, que es el dueño del mundo). Después, como si esta oración hubiera reanimado su valor, continuó de este modo su relato:

Al día siguiente Si-Babauri vendió su jardín y distribuyó el valor de él entre sus parientes; no guardó para sí mas que un saco de dinero. Sus preparativos de viaje se terminaron en un momento. Compró un buen caballo de Sahel, se puso un yatagan en la cintura, y salió de la ciudad sin dirigir ni una palabra siquiera á la multitud de amigos y parientes que le seguían.

La extraña locura de un hombre tan sabio sumió á los habitantes de la ciudad en la mayor consternación. A las puertas de Milah se arrojaron las mugeres delante de su caballo dando gritos penetrantes, y quisieron detenerle. Una de ellas le presentó el rosario de coral que se había dejado olvidado, pero le rehusó pegando con la mano en el puño de su yatagan.

Lágrimas, ruegos, todo fué inútil; á pesar de nuestros esfuerzos no pudimos detenerle. En el momento en que le suplicábamos por última vez, hizo encabritar á su caballo, alzó los brazos al cielo y dijo con voz irritada: *¡Dios lo quiere! Voy á buscar mi felicidad.*

Le dejamos marchar: ¡estaba escrito! Subió por aquella montaña que veis allí, y que parece la puerta de la Kabilia. Le seguimos mucho tiempo con la vista. Al cabo de una hora, no distinguiendo ya su albornoz blanco, nos volvimos á la ciudad llenos de tristeza.

Si-Babauri, después de haber llegado al otro lado de la montaña, bajó á aquella gran llanura que se estiende hasta el mar. Hácia el fin del día llegó delante de una cueva cuya entrada estaba cubierta casi toda por un enramado espeso de aloes. Un nopal, cuyas raíces estaban en las grietas de la roca, daba un poco de sombra y de frescura á aquella soledad.

Si-Babauri se preparaba á apearse cuando vió venir hácia él un leon muy viejo que se arrastraba penosamente á la entrada de la cueva.

— ¿Adónde vas? le dijo el leon echándose en medio del camino.

Si-Babauri hizo retroceder algunos pasos á su caballo, y respondió con voz mal segura:

— ¡Dios lo quiere! Voy á buscar mi felicidad.

— Está bien, dijo el leon meneando gravemente la cabeza. La felicidad es la que hay que buscar. Amigo, ten la bondad de buscar la mia al mismo tiempo. Soy muy viejo, y estoy muy cascado. Hace ya muchos años que no he cogido preza alguna.

Estas últimas palabras tranquilizaron á Si-Babauri; sin apearse sin embargo del caballo, entabló conversacion con el rey del desierto, y le citó las mejores sentencias de varios poetas. Después de haber filosofado largo rato, los dos ancianos se separaron muy amigos, y Si-Babauri, cambiando de direccion, emprendió el camino arenoso que conduce al desierto.

El tercer día, después de media jornada de camino, vió á lo lejos varios grupos de árboles, cuyo verdor se destacaba en el desierto como un tapiz de Persia. Se dirigió hácia uno de ellos en que se veía un pueblo, cuyos blancos minaretes brillaban al través del follaje de las palmeras, dispuestas en calles tiradas á cordel. Mas allá, sobre una pequeña elevación, se extendían las galerías caladas de un palacio árabe, rodeado de columnas de mármol.

Al entrar en una de las calles de árboles, se acercaron á Si-Babauri varios ginetes armados que le rodearon esgrimiendo sus sables, se apoderaron de las riendas de su caballo, y se le llevaron á galope á la ciudad.

El anciano asustado cerró los ojos, se aseguró en la silla, y se dejó conducir así hasta el pie de la colina, sin atreverse á hacer ni la mas minima pregunta á sus guías.

A la puerta del palacio le bajaron del caballo. Tres esclavos le cogieron en sus brazos, le despojaron de sus vestidos, y le metieron de cabeza en el pilon de una fuente. Concluida esta ablucion, le pusieron un magnífico *caftan* verde, y cogiéndole otros dos esclavos por las manos, le hicieron entrar en el palacio.

Si-Babauri atravesó salas estensas, en cuyas paredes brillaban el oro y el alabastro, y por las cuales pasaban á cada instante grupos de músicos y de bailarinas, agitando copillas de perfumes. Penetró por fin al centro del palacio, en el jardín en que le esperaba la reina.

Era esta de una belleza incomparable; tenia la gracia de un ciprés joven y el brillo maravilloso de la luna de verano. Nunca había tenido Si-Babauri ante su vista tan grato espectáculo. Arrodillado á la entrada del jardín, no se atrevía á levantar la cabeza, y esperaba con la mayor turbación las órdenes que le iban á dar.

Flautas y guitarras acompañaban las voces de algunas mugeres que cantaban en un bosquecillo de rosales; delante de cada grupo de árboles ó arbustos había surtidores de agua que caían en copas de jaspes; vasos llenos de perfumes, que se renovaban sin cesar, ardian al pie del diván en que dormitaba la reina.

La reina estaba echada sobre unos cojines de seda azul, medio cubierta con un albornoz de casimir, y una gasa cubría ligeramente su cabeza. Una esclava sostenía sus pies diminutos; y sus brazos desnudos, recargados de piedras preciosas, caían lánguidamente sobre la cabeza de una gacela joven que dormía á la cabecera del diván.

Al despertarse la reina vió á Si-Babauri; le llamó con débil voz y le hizo seña de que se aproximara.

El anciano se quitó las babuchas y se aproximó temblando á la princesa; esta se había incorporado sobre los cojines, su turbante de gasa se había desarrollado y caía sobre sus hombros como un chal; pero su cabeza se inclinó de nuevo sobre el pecho de la esclava y sus bellos ojos se cerraron otra vez.

La gacela dió un chillido y saltó á los pies de su ama; los ojos de la reina se abrieron dulcemente, se quitó sus brazaletes de topacios, los ató al cuello de su gacela, y al mismo tiempo que la acariciaba interrogó á Si-Babauri.



—De dónde vienes? le dijo. ¿Qué genio te aconsejó que dejaras tu familia y tus amigos?

—Vengo de Milah, respondió el anciano: hace veinte días que estoy viajando. Dios lo quiere; voy á buscar mi felicidad.

Al oír estas palabras prorumpió en amargo llanto, y cayó de nuevo sobre los cojines. Si-Babauri, asustado, se tapaba la cara con las manos, lloraba y pedía perdón á la reina.

—Buen anciano, le dijo la reina limpiándose los ojos, ¿por qué te asustas? Tus palabras están dictadas por la sabiduría. Ah! si, la felicidad; haces bien en buscarla: Dios lo quiere! Si supieras qué tristeza tan acerba consume mis días y mis noches, me prometerías buscar también mi felicidad.

Si-Babauri juró por Allah obedecer los deseos de la reina. Ella se sonrió al oír esta promesa, tendió la mano al anciano, y le dijo con gracioso ademán:

—Adios, mi buen amigo, confío en tí; rogaré á los buenos genios que velen sobre tí y te traigan con bien.

Si-Babauri se marchó muy contento y con el corazón lleno de esperanzas. Un grupo de ginetes armados le esperaba á la puerta del palacio, se formaron detrás de él y le acompañaron tributándole grandes honores, hasta las fronteras del reino.

Emprendió su viaje con dirección al Este, pero sin objeto determinado, abandonándose completamente á la voluntad de los genios, y dejando á su caballo la elección del camino.

Quince días hacia que viajaba de esta manera sin haber tenido encuentro alguno.

Siguiendo el curso de un río poco caudaloso, se había aproximado al mar, del que solo distaba ya pocas leguas. El día estaba muy caloroso; Si-Babauri detuvo su caballo á la orilla de un estanque, echó á tierra su baliya, y se puso á almorzar sobre la yerba.

Mientras almorzaba se divertía en echar migas de pan á los peces que nadaban á la orilla del estanque. Entre todos aquellos peces que saltaban y se deslizaban rápidamente en el agua transparente, había una dorada pequeña, que permanecía triste é indiferente á sus juegos, medio escondida entre las espadañas y con sus escamas brillantes manchadas de cieno.

Si-Babauri cogió al vuelo una mosca y se la echó á la dorada para engolosinarla; esta la tragó desdeñosamente y se escondió otra vez entre las espadañas.

—Doradita, dijo el anciano, tú tienes alguna pena que te consume. Vamos, cuéntame tu historia.

El pez sacudió la cola, se aproximó mas á la orilla, y sacando la cabeza del agua le preguntó:

—Si-Babauri, ¿por qué has dejado tu familia y tus amigos?

—Porque voy á buscar mi felicidad, contestó Si-Babauri.

—Está bien: Dios lo quiere. Pero no me olvides, buen anciano, procura también la mía.

—La tuya también? dijo Si-Babauri sonriéndose, pues qué te falta? El agua de este estanque es muy pura, el país está desierto, y nunca vienen los pescadores á echar aquí sus redes.

—¿Y á tí que te faltaba? ¿Entraban los enemigos en tu jardín? Pero yo he perdido mi jardín: ¿no sabes que el sol ha secado la playa y ha separado este estanque de la mar? Ah! ¿quién me llevará á la estensa mar en que nací?

Si-Babauri compadeció á la dorada; su primera idea fué trasportarla á la mar, pero reflexionó que la playa estaba muy lejos aun, y que la pobrecilla se moriría seguramente en el tránsito. Se marchó pues prometiendo no olvidarla.

Al ponerse el sol llegó á la orilla del mar; lo mismo que el campo, la playa estaba desierta, y no se percibían en toda su estension ni árboles ni casas. A corta distancia de la orilla se elevaba una torre muy alta edificada sobre un islote escarpado.

Si-Babauri ató su baliya á las riendas del caballo, y la cubrió con piedras gruesas; en seguida se desnudó, hizo un paquete de sus vestidos, lo colocó sobre su cabeza, y se arrojó al mar.

En pocas brazadas llegó al pie del islote, á pesar de la violencia de las corrientes. La puerta de la torre estaba colocada hácia el lado del mar. Si-Babauri llamó repetidas veces, pero la puerta permanecía cerrada; el anciano recordó entonces las palabras mágicas de los djins, y en cuanto las pronunció, se abrió por sí sola la puerta.

La sala baja de la torre tenía el piso de conchas; era muy sombría y fresca, y no tenía mas luz que la que recibía por la escalera. Si-Babauri se apresuró á subir por ella, y entró en una habitación grande circular, cuyas paredes estaban guarnecidas de paño negro. Llamó, y nadie le respondió; sin duda estaba la torre inhabitada. Si-Babauri volvió á la escalera, y subió precipitadamente al segundo piso. Esta habitación era igual á la primera, con la diferencia única de que las paredes estaban tendidas de paño violeta.

Si-Babauri atravesó seis salones iguales todos á este, pero que diferían siempre en los colores de las paredes, que le eran siempre

desconocidos. Después de haber subido ocho pisos, se halló delante de una escalera de caracol cerrada por una puerta de hierro con cerraduras de plata.

La puerta se abrió, y Si-Babauri se halló en la azotea de la torre. Un césped sembrado de flores se extendía sobre las losas y subía por medio de un declive suave hasta las últimas galerías, cuya bóveda está formada por las ramas entrelazadas de arbustos odoríferos y corpulentos. En un extremo, cerca de la ventana, bajaban las cortinas de un lecho de tisú de oro, en que descansaba un hermoso joven.

Una serpiente de acero ceñía su cabeza á manera de diadema; sus dos brazos estaban cruzados sobre el pecho y sostenían bolas de cobre atadas á las muñecas con largas cadenas. En las gradas que servían para subir á la cama, había un caduceo y una copa grande de plata.

Al ruido que hizo Si-Babauri al entrar, extendió el joven los brazos, y las bolas de cobre cayeron en la copa mágica, produciendo un sonido extraño.

El dueño de la torre se levantó sobresaltado, apartó las cortinas de brocado, cogió el caduceo, y gritó al anciano con una voz vibrante como la de un clarín de guerra:

—Las puertas se han abierto, la copa ha sonado, ya ha llegado la noche; extranjero, ¿qué vienes á hacer aquí?

Si-Babauri se revolcó por el césped, desgarró su turbante, y respondió sollozando:

—Ah! perdonadme, señor mágico! Soy un pobre degradado que ando buscando mi felicidad. ¿Dios lo quiere!

La fisonomía del joven se dulcificó poco á poco; se aproximó al anciano, le miró bondadosamente, y le dijo tendiéndole la mano:

—Buen peregrino, no irás mas lejos, porque seré yo quien te dé la felicidad. Regresa á tu morada. Tu vida va á ser distinta en lo sucesivo: encontrarás en tu casa siete barriles de oro.

—¡Siete barriles de oro! exclamó Si-Babauri en el exceso de su alegría y sorpresa. Siete barriles de oro! Pero es verdad eso, señor mágico? Oh! no os burleis de mí; soy un buen musulman muy pobre y muy desgraciado.

El joven se sonrió, y le dijo:

—Vamos á ver si continuas dudando de mí. ¿No hay en Milah, en la puerta de la cuadra de tu casa, una losa grande rajada?

—Es cierto, señor.

—Levantando aquella losa, ¿no se entra en el conducto subterráneo de las fuentes antiguas?

—Es cierto, señor, es cierto.

—A la derecha, en el fondo de aquel conducto, detrás de un hundimiento, hay una cuba herméticamente cerrada. Si la abres, serás dueño del tesoro.

—Mucho tiempo he estado buscando en aquel subterráneo, dijo el anciano, he practicado dos escavaciones profundas debajo del hundimiento, pero no he hallado nada.

—Ven conmigo, dijo el mágico llevándole á una ventana. Veremos si has de dudar siempre de mi poder; ponte esta amatista en el dedo, y mira al mar.

La noche estaba oscura y lóbrega. Apenas se hubo metido Si-Babauri la sortija en el dedo, cuando brilló la mar repentinamente como si se hubieran levantado tres lunas á un tiempo. En el cielo, todas las estrellas habían tomado un color rojizo muy vivo, y las olas del mar, al chocar unas con otras, producían un sonido argentino.

El mágico sopló en el mango de su caduceo, y Si-Babauri vió á su caballo romper las riendas de una sacudida, y echarse á nadar en el brazo de mar que separaba la torre de la playa.

En menos de un minuto, el caballo saltó sobre la roca, y fué á echarse relinchando al pie de la torre.

—No necesitas mas que echarle mi caduceo, dijo el mágico, y tu caballo subirá aquí y te llevará mar afuera. ¿Dudas aun de mi poder?

Y al hablar así, los ojos del joven brillaban como carbunclos, y la serpiente que ceñía su cabeza arrojaba llamas.

Si-Babauri se había prosternado, y le besaba los pies.

—No llameis mi caballo: nunca he dudado de vuestro poder. Sois el mejor y mas eminente de los mágicos. ¡Siete barriles de oro! ¿Qué riqueza!

—Es menester separarnos, Si-Babauri; guarda este anillo, y vuélvete á Milah. Cuando te halles en el subterráneo de las fuentes, no tendrás mas que tocar esa amatista, y la cuba se abrirá instantáneamente. Adios, Si-Babauri, que el espíritu del profeta te guíe.

El anciano bajó al instante; halló su caballo á la puerta de la torre, y montó en él.

Dice el poeta Sid-el-Schamyl que la felicidad le hace al hombre tener buen corazón. En el momento de marchar, Si-Babauri recordó á sus amigos del viaje que le habían encargado que buscara la felicidad también para ellos; se apeó, y subió corriendo á la habitación del mágico.



La azotea no estaba alumbrada; por el ruido que hacían de las cadenas y de las bolas de cobre, conoció Si-Babauri que el joven estaba bailando y saltando para entretenerse hasta que llegara la hora de media noche.

—¿Qué mas necesitas? gritó el mágico encolerizado.

—Perdon, señor, pero no soy yo el único desgraciado que hay en este mundo. He encontrado en mi viaje, al venir aquí, algunos seres desgraciados, y les he prometido buscar su felicidad. Decidme, señor, ¿qué debo responderles?

—Si-Babauri, eres un musulman honrado; toma este otro anillo; cuando te halles en el subterráneo, dale una vuelta á esa esmeralda, y hallarás detrás de la cuba siete copas inmensas llenas de pedrería. En cuanto á tus amigos, te voy á decir el secreto de su destino. La dorada tiene entre los dos ojos un diamante de mucho valor. Para que consiga volver al mar, basta que un hombre pobre y desgraciado le quite ese diamante. La reina, si quiere ser feliz, es preciso que se case con un hombre pobre y desgraciado, que la hará ser respetada por sus súbditos y temida por sus enemigos. En cuanto al leon, dile que devore á un hombre pobre y loco. Adios, Si-Babauri; sé feliz, y que el espíritu del profeta te acompañe.

Si-Babauri volvió á bajar atravesando las ocho salas; notó que el color de sus paredes cambiaba á cada minuto, pero había visto tantas maravillas, que no le sorprendió este prodigio.

Su caballo, que le esperaba en la sala baja, fué á arrodillarse delante de él como un camello. Si-Babauri se colocó en la silla, y se lanzó con el caballo al mar. Pronto llegó á la playa. La noche estaba muy oscura. Si-Babauri dió una vuelta á la esmeralda, y el camino que seguía se iluminó. El caballo corría con un ardor increíble, y en menos de una hora, á los primeros albores de la madrugada, se halló Si-Babauri á la orilla del estanque. La dorada estaba ya despierta.

—Hola, ¿ya estás de vuelta? dijo la dorada con alegría dando graciosos giros en el agua. ¿Qué buena noticia me traes?

Si-Babauri la refirió lo que le había dicho el mágico con respecto á ella.

Toma el diamante, dijo el pez, tómale pronto para que á la salida del sol me halle en alta mar.

—¿No me has entendido? dijo el anciano, acuérdate que solo puede salvarte un hombre pobre y desgraciado.

—Pues bien, salvadme! replicó la dorada.

—Yo!... ¡un hombre desgraciado! ¿Estás loca? Mira mis dos anillos: tengo en el subterráneo de mi casa siete barriles de oro y siete copas muy grandes llenas de pedrería. Adios, adios. Yo mandaré á alguno por aquí para que te libre, que desgraciados no faltan en este mundo.

La dorada se metió tristemente entre las espadañas, y Si-Babauri se marchó galopando.

Al cabo de tres días llegó á la frontera del reino cuya soberana le había encargado también que buscara su felicidad. A la entrada de la calle de palmeras, fué recibido por una escolta brillante que le acompañó hasta el palacio; orquestas numerosas colocadas á cortas distancias sobre estrados lujosos, tocaban trozos de música.

La reina había sido avisada por los buenos genios del regreso de Si-Babauri. Hacia dos días que le esperaban con afán, y en cada minarete habían colocado vigías para avisar su llegada.

A la puerta del palacio, los jefes de las tres grandes tribus se inclinaron ante él y le ofrecieron el yátagan del antiguo rey. Los marabouts le saludaron á su vez y le ofrecieron el rosario de ámbar que el último monarca había recibido de sus antecesores. Se abrió entonces la puerta, y vió Si-Babauri á la reina.

Estaba reclinada sobre cojines de seda azul y con la cabeza apoyada en el pecho de la esclava, como en la primera entrevista; su semblante estaba pálido aun, pero sus ojos habían recobrado todo su brillo. Tendió su mano á Si-Babauri, y le dijo:

—Yo confiaba en tí; los genios buenos no me han engañado, buen anciano; has visto al mágico y le has hablado de mí, lo sé, pero ignoro su respuesta.

—Esta es, dijo Si-Babauri: es preciso que la reina se case con un hombre pobre y desgraciado.

—Eres tú! eres tú! exclamó la reina levantándose llena de fuerza y alegría; scheicks y marabouts, saludad á vuestro rey!

—Yo no soy ni pobre ni desgraciado, dijo Si-Babauri desdeñosamente. «Ved mis dos anillos; tengo en mi subterráneo siete barriles de oro y siete copas grandes llenas de pedrería. Ya veis que no puedo ser vuestro esposo.

Al oírle hablar así, la reina se dejó caer en los brazos de sus esclavas, y se echó á llorar. Tanta pena y tan sin igual belleza conmovieron al pronto á Si-Babauri, pero venció el orgullo.

—Este reino no es muy estenso, dijo para sí, y la reina está enferma, el pueblo tiene fama de ser muy poco sumiso y muy difícil de gobernar; cuando yo quiera hallaré princesas mas poderosas á quienes elegiré por esposas, y además, aunque yo quisiera casarme con esta

no podría hacerlo. La respuesta del mágico es terminante: un hombre pobre y desgraciado.

Consolado con esta reflexion, Si-Babauri pidió su caballo y se marchó, sin dar un último adios á la pobre reina que se moría de tristeza.

Tomó directamente el camino de las montañas para llegar mas pronto á Milah; tenia prisa de llegar, de penetrar en el subterráneo de las fuentes, y de abrir la cuba y las inmensas copas maravillosas. Apenas se detenía algunas horas por la tarde para dejar tomar á su caballo el descanso necesario. En cuanto á él, había perdido completamente el apetito y el sueño; se consideraba rejuvenecido en treinta años lo menos, creyendo que la fiebre que le devoraba era un nuevo ardor juvenil de la sangre.

Segun se iba aproximando á Milah, esta fiebre de ambicion le devoraba mas y mas. Por el camino iba calculando el empleo de sus riquezas y formaba grandes proyectos. Solo los djinns son capaces de saber todas las ideas extravagantes y locas que hacian germinar en su cabeza.

Tres días hacia que viajaba así, y ya no le faltaban mas que diez leguas para llegar á Milah, cuando el cansancio obligó al caballo á detenerse en una de las vueltas del camino que pasaba por delante de las cuevas. Si-Babauri le espoléo cruelmente sin conseguir que adelantara un paso siquiera; cansado de esta lucha, se apeó y dejó al caballo que se tumbara en la yerba que crecía á la sombra de las rocas.

Esta es la última vez que viajó así, dijo sentándose en su baliya; en cuanto llegue á Milah, compraré diez negros para que me lleven en palanquin como lo hacen en Oriente; después me iré á Argel, armaré veinte ó treinta corsarios, y después que haya saqueado las costas de Italia y Francia, será preciso que el Dey me nombre general de las galeras... después... ya veremos...

Si-Babauri estaba estenuado de cansancio, y mientras estaba pronunciando este monólogo, como el calor tambien se hacia sentir con mucha fuerza, se durmió y continuó en sueños los planes que empezó despierto.

Soñó que después de su expedicion á Francia, entraba en Tunez, y destronaba al rey. El sultan entonces le nombraba pachá de tres colas y le confiaba la custodia de los santos lugares. Después de haber batido á los árabes, insurreccionaba la Siria y se declaraba independiente; enviaban contra él un ejército numeroso, pero él le compraba, le tomaba á su servicio y marchaba sobre Constantinopla para destronar al sultan.

Aquí se hallaba de su sueño, cuando le hizo despertar sobresaltado un gruñido en el momento mismo en que daba la orden de degollar al jefe de los creyentes; un aliento abrasador le daba en la cara, y dos patas largas y rojizas le rascaban cariñosamente el cuello. La cabeza de un leon estaba apoyada en su hombro derecho; por lo pelado que estaba y por su greña descolorida conoció Si-Babauri que era su amigo el leon viejo de la cueva; no por esto tuvo menos miedo de hallarse tan cerca de él, pero le era imposible huir, y toda señal de desconfianza era muy peligrosa.

Tomó pues el partido de ser valiente, y reflexionó que el leon estaba ya muy viejo, muy cascado, y que los años y los achaques habian convertido su carácter feroz en dulce y bondadoso. Sacó del bolsillo varias galletas; el leon las tomó y le manifestó su gratitud besándole repetidas veces en la cara con su peludo hocico.

Si-Babauri aguantó con la mayor paciencia imaginable estas pruebas de amistad, y empezó á referirle su viaje.

La historia de la reina conmovió mucho al leon, pero solo lo manifestó con un leve movimiento de cabeza. Si-Babauri iba prolongando todo lo posible su narracion con el objeto de ganar tiempo, y notó que su caballo se aproximó paulatinamente á él, al paso que pastaba, por lo cual le estaba mirando de reojo, pronto á aprovechar el momento oportuno para saltar á la silla y escapar.

Al oír la descripción de las maravillas que había visto el anciano en la torre encantada, no manifestó el leon extrañeza; era un verdadero sabio á quien nada le sorprendía. Se echó sobre la yerba y se puso á escuchar con una gravedad soñolienta las palabras de Si-Babauri.

El caballo continuaba aproximándose, siguiendo la yerba fresca, protegida por la sombra de las rocas. Ya no distaba mas que tres pasos de los dos amigos. El leon escuchaba siempre con la misma calma; Si-Babauri creyó hallar el momento favorable y se deslizó suavemente por la pendiente de una roca.

El leon se levantó y se restregó los ojos.

—¿Qué historia tan maravillosa! dijo colocándose entre Si-Babauri y su caballo. Amigo, enséñame tus sortijas... Son muy bonitas, y sin duda están encantadas. ¿Pero recuerdas tu promesa? ¿Has hablado de mí al gran mágico?

—Olvidarte yo! dijo Si-Babauri. Dudarás de mi amistad? He hablado largamente de ti con el mágico, y me ha dado una respuesta favorable.

—Eres un amigo verdadero, dijo el leon abrazándole con las cuatro



patas, eres un buen amigo! Vamos, repíteme pronto la respuesta que te dió.

—Esta es: dile de mi parte al león de la cueva, que encontrará su felicidad devorando á un hombre pobre y loco.

—¡Qué gran mágico! exclamó el león, he hallado mi felicidad. Oh! qué gran mágico!

Y sin proferir mas palabras, animado por nuevas fuerzas desconocidas para él hacia mucho tiempo, devoró á Si-Babauri en un momento.

## EL RASTRO SANGRIENTO.

LEYENDA ORLEANESA.

Señora, oíd una historia lamentable...  
*Balada antigua.*

Hace algun tiempo... mucho tiempo, que Santiago Alleaume y Francisco Brauchu eran dos labradores de Coullous.

El primero tenía buenas tierras y hermosos campos que le daban ricas cosechas. Había en sus establos seis bueyes, cincuenta carneros

en sus praderas, un pequeño mundo de volatería alrededor de su granja, y muchas monedas de plata en su arca.

El segundo no poseía nada mas que sus dos brazos, el ardor del trabajo, la honradez de sus costumbres, y el amor de una muger que le habia dado hermosos niños, los cuales criaba, á pesar de su pobreza, con la ayuda de Dios.

Uno era colérico, vanidoso, violento; el otro dulce, sencillo, bondadoso.

Y así seguían las cosas sin que Francisco sintiera su corazón agriarse por envidia contra Santiago su vecino.

Sucedió un día que Santiago regresó á su casa de muy mal humor, con sombrío rostro, y murmurando entre dientes palabrotas. Tiró su sombrero de fieltro sobre un baul de roble, y aproximando un escabel con grande estrépito, se sentó en el rincón del hogar, en que estaba la cena al amor de la lumbre.

La señora Magdalena, su muger, le miraba.

—¿Te ha picado alguna mosca? le preguntó con irónico acento.

—¡Déjame en paz! contestó con voz ruda el labrador.

—Oh! oh! esa mosca era algun tábano, añadió la matrona con una sonrisa.

—Silencio! te digo otra vez, exclamó Santiago; lo que me sucede es cosa seria, y por el santo de mi nombre que sabré vengarme!...



—Puesto que haces misterio y no se puede saber, pronunció Magdalena con despecho, cómete pues esa sopa y ese tocino que te están esperando; eso te apaciguará quizás, y la botella que está detrás de tí te ayudará á hacer colar tu bilis.

Santiago se puso á cenar con gesto avinagrado, no dejó salir ni una palabra de su garganta, y después se fué á acostar con ceñudo semblante.

Aquella misma noche, Brauchu, aunque muy cansado y molido, hizo en su casa parca cena, bebió agua clara, besó alegremente á sus niños en la frente, pasó sus manos duras y callosas por la sedosa cabellera del menor, que jugaba sobre sus rodillas, y durmió tranquilamente bajo la protección de la Providencia.

Al día siguiente, en el momento en que salía apenas el sol por encima de los elevados matorrales, cuando iba á su trabajo, halló en su camino á Alleaume, cuyo sueño parecia haberle quitado su mal humor, y ambos anduvieron juntos hablando de la cosecha y de los malos tiempos que corrían.

—¿Sabes, Francisco, que á cada momento me va dando compasión tu suerte? Es verdad que estás alegre, siempre contento, trabajando con alma, y cantando para distraerte todas las coplas de la comarca; pero no por eso dejas de tener cinco hijos, una esposa y una madre

anciana, que te piden pan diariamente: por Navidad y Pentecostés vestidos; y con los pocos cuartos que ganas me sorprende el que puedas cubrir todas esas necesidades: ¿cómo te compones para hacerlo, y cuál es tu secreto?

—¿Cómo me compongo? Ya lo ves, trabajando mientras alumbra la luz del día; en cuanto á mi secreto, es muy sencillo, y no tengo mas que el de confiar en la Providencia.

—A la verdad, envidio tu suerte; no tienes nada, te agobia el trabajo, que hace correr el sudor por tu frente, no puedes contar con el preciso sustento para el día siguiente, y eres feliz!

—¿Pero, hombre, no puedes tú serlo con mucha mas facilidad que yo? Eres el labrador mas rico del país; vendes trigo, vino, fruta, sacas dinero de todo, cada año aumentas tus posesiones y ganados, no tienes mas que una hija, todo prospera á tu alrededor, te sonríe el porvenir: en verdad que harías muy mal en quejarte.

—Y sin embargo me quejo, Francisco; pero confío en que el motivo de mi tormento se acabará; paciencia.

En el sitio á que llegaban á la sazón los dos interlocutores se dividía el camino, tirando un ramal á la derecha y otro á la izquierda.

—Hasta la vista, Santiago.

—Adios, vecino.



Y se separaron.

El día pasó como todos los demás, á pesar de lo que dicen los refranes; solo Alleaume pareció estar aquella noche mas sombrío que la anterior. Apenas tocó á la cena, calificándola de detestable. Riñó á su hija, se enfadó con la criada, se enfureció con el mozo, empujó á su muger, alborotó con todos, y se fué á la cama profiriendo un juramento.

Magdalena pensó muy acertadamente que el momento era muy inoportuno para mostrarse curiosa; se estuvo quieta y dejó pasar la tormenta. Sin embargo estaba muy apesadumbrada por no saber el motivo que convertía á Santiago, hacia dos noches, en una especie de puerco-espín, al que no podía aproximarse. Todo seguía inalterable en la granja; las cabezas de ganado no estaban enfermas, cosechas magnificas estaban ya encerradas en su mayor parte en los graneros y desvanes, su hija era una gallarda moza, y dentro de pocos años sería la heredera mas rica y el mejor partido que habria en el contorno de tres leguas; ¡qué espina se le habia clavado pues á Santiago? Era incomprendible. La criada daba á entender que podrian muy bien haberle hecho mal de ojo al señor Santiago; pero la señora Magdalena tenia demasiada perspicacia para creer semejantes paparruehas.

Fuera lo que quisiera, el señor Alleaume entró en su casa la tercera noche con un humor endemoniado. Estaba trastornado, el furor le alborotaba la cabeza, y si le hubieran servido lomo crudo se le hubiera tirado á la cabeza á la criada, diciendo que estaba quemado.

—Sí, esclamó apretando los puños, esto no puede quedar así; me vengaré, ira de Dios, y ¡ay del culpable! Ah! se imaginan venir así á despojarme, á arruinarme, á robarme lo que es mio, á destrozarme mis campos todos los días, todas las noches, á todas horas, y creen que estaré tranquilo, indiferente, que dormiré á pierna suelta, que... Oh! juro por el santo de mi nombre que esto ha de acabar...

Y andaba con precipitados pasos, con los ojos sombríos y el rostro lívido.

—Veamos, Santiago, se aventuró á decir Magdalena con suma timidez; ¿nos dirás por fin las penas que te agitan hace tres días, que te impiden comer y dormir, y que te obligan á encolerizarte con todos? Quizás no merezca la pena...

—Déjame; te digo que van á mis sembrados á quitarme el trigo, á mi verjel á quitarme las manzanas, á mi huerta á arrancarme las legumbres, á mis campos á robarme las semillas, á todas partes á despojarme de lo que es mio, y hace de esto mucho tiempo. Inútil es para mí velar, observar: no descubro nada. Pero por vida mia, que ha de suceder alguna desgracia!

Y levantó la cabeza con gesto amenazador.

Nadie se atrevió á replicar; Magdalena, sentada delante de su torno de hilar, le hacia girar con impaciencia, y cuando la vela de resina que chispeaba en la chimenea encima del llar amenazó apagarse, se acostaron sin decir una palabra.

Trascurrieron algunos días, y el negro humor de Alleaume parecia haberse disipado como el humo. Se habia vuelto pacífico, habia recobrado su apetito, y no gruñía con nadie. Solo Magdalena le encontraba por instantes pensativo y taciturno, y por las noches, después de cenar, en lugar de sentarse y estar hablando hasta las nueve con su familia, se metía su sombrero de fieltro hasta las orejas, y salía para no volver hasta hora muy avanzada de la noche. Fuera de este desvío de sus costumbres, habia vuelto completamente á su método de vida ordinario, y por la mañana, cuando veía á su vecino Brauchu marchar al trabajo, le deseaba buen éxito y buen ánimo.

Llegó el domingo; Brauchu, como se sabe, no era rico, y su mesa estaba malamente servida, tanto que á veces el pobre hombre hubiera necesitado un alimento mejor para el trabajo rudo que hacia. Así es que la buena Brigida, su esposa, que sabia esto, ponía al fuego la comida sustanciosa lo mas á menudo que podia, y se lo permitía el estado de su peculio; pero desgraciadamente lo permitía poquitas veces. Sin embargo, aquel domingo habian reunido todos los recursos, y la ternera paternal de Enrique IV cocía en el hogar.

Brauchu, al salir de la iglesia en la que Santiago no parecia nunca, se detuvo algunos instantes á ver algunos muchachos que jugaban al tejo, y después entró en su casa.

—Hace mucho tiempo, le dijo su muger, que no hemos tenido tan buena comida como hoy, pero nuestra anciana madre está enferma; tú tambien pareces estar cansado y agobiado por los trabajos, y era necesario. Lo único que siento mucho, es no tener nabos para echarlos en la sopa, que estaria mejor con ellos.

—¿Y por qué no los has echado, Brigida?

Esta, por única respuesta, le enseñó la bolsa vacía.

—Si no es mas que eso, repuso Francisco, vas á quedar satisfecha según espero; aguardate un poco.

Y fuése á casa de su vecino Alleaume.

—¿Está Santiago en casa, señora Magdalena? preguntó.

—No, Francisco, ha salido hace mas de dos horas; pero ya es tarde y vendrá pronto á comer.

—Oh! no quiero esperarle; venia á pedirle un favor insignificante.

—¿Cuál es, vecino, si puedo yo hacerlo?

—Jesús, señora Magdalena, es únicamente el permitirle que vaya á coger algunos nabos á su nabal de V., que está cerca del bosque, porque Brigida, que ha puesto hoy cocido, siente no poder echarle nabos, y si V. me hace el favor...

—Sí, Francisco, con mucho gusto; vaya V., vaya; Santiago se lo permitiría á V. lo mismo que yo.

—Le doy á V. las gracias, señora Magdalena.

—No hay de qué dadas, vecino.

Y Brauchu se dirigió al nabal, al que llegó muy pronto, arrancó algunos nabos sin escogellos, porque empezaba á anochecer, y se levantó con ellos en la mano. En el mismo momento sonó un tiro, y el desgraciado Francisco cayó en tierra sin proferir un grito, sin soltar un gemido, como si hubiera recibido un golpe de maza en la cabeza.

Al instante salió un hombre de un grupo de matorrales, avanzó rápidamente hacia la victima, pareció vacilar un momento, después, cogiéndola por los pies, la arrastró desgarrada y ensangrentada por en medio del campo hasta el camino. Allí colocó el cadáver al lado de un barranco, volvió á los matorrales á coger su escopeta, se caló el sombrero hasta los ojos, y desapareció en la oscuridad de la noche, que iba tendiendo su denso velo en el espacio.

Aquel hombre que acababa de cometer un asesinato con la impasible sangre fría de un animal feroz, era Santiago Alleaume.

He aquí lo que habia sucedido:

A consecuencia de los destrozos que hacian en sus posesiones, formó un plan de venganza espantoso, que consistía en ir á emboscarse, ya en un sitio, ya en otro, con el fin de sorprender al merodeador, y matarle sin compasión.

Santiago ignoraba el sentimiento de la piedad; su corazón duro y egoísta se dejaba cegar voluntariamente por el furor, y las horas que le hemos visto ausentarse cada noche, las pasaba en un acecho horroroso... el acecho de un hombre!

Y cuando vió á Brauchu entrar en su nabal y arrancar sus legumbres, su arma se habia inclinado hacia el padre de familia, honrado é inocente, y con mano segura le habia enviado la muerte...

Al día siguiente hallaron el cuerpo ensangrentado de Francisco echado en el camino; imaginaron que el pobre jornalero habia sido muerto por algun malhechor, y llevaron sus restos al cementerio de Coullous, siguiendo al fúnebre cortejo la señora Brigida, con lágrimas y gemidos.

En cuanto á Santiago, se volvió desde aquel día sombrío y taciturno; la morriña diezmo sus ganados, el granizo destruyó sus trigos, sus viñas se helaron, sus campos se quedaron cuasi incultos, y él, minado por las penas y los remordimientos, falleció á poco tiempo.

Desde entonces, la tierra que habia surcado el cadáver del infortunado Francisco, en el tránsito que Alleaume le habia hecho seguir para arrastrarle hasta el camino, se negó á producir fruto alguno, y cuando el campo se cubria de verdor, solo aquel rastro ofrecia, por un contraste bizarro y singular, la imagen de una vegetación enana y amarillenta.

En el día, aun en medio de espigas de trigo magnificas, ó de otras cosechas espléndidas, la línea que recorrió el cadáver de Brauchu permanece estéril y pedregosa. En vano revuelve el arado aquella tierra una y cien veces, en vano se hunde profundamente el azadon allí, en vano se arrojan en ella las simientes mas variadas y productivas; nada germina, nada nace, y los chicos la llaman todavia, designándola con sus dedos: *El rastro sangriento!*

## THORWALDSEN.

El día 23 de marzo último entró Thorwaldsen en el teatro de Copenhague: el telon no se habia alzado aun y se sentó en su localidad. Algunas personas observaron que cerraba los ojos y supusieron que dormía, mas pronto inspiró su palidez serias inquietudes: acercáronse á él y conocieron que le quedaban pocos instantes de vida. Traslado inmediatamente á su casa, espiró en ella á los pocos momentos, sin haber pronunciado una palabra. La noticia de esta desgracia inesperada espació la consternación en toda la ciudad, que se envanecía justamente con poseer á Thorwaldsen. Tenia este setenta y cuatro años y dejó á Roma en 1838, después de haber residido en ella cuarenta y dos, para volver á su patria. Su entrada en Copenhague fué un verdadero triunfo, pues la multitud le acogió con gritos de entusiasmo, los poetas recitaron composiciones en su loor, y el rey Cristian VIII le nombró consejero y director de la Academia de Bellas Artes. Disfrutaba tranquilo los favores de su soberano y la admiración pública. El día anterior y aun el mismo de su muerte, se le habia visto en su taller, retocando un busto de Lu-



tero y una estatua de Hércules, destinada á adornar el palacio de Cristianberg. Ha dejado una mediana fortuna y la ha legado al Museo de Copenhague, que fundó y que lleva su nombre. Se le han hecho honras fúnebres dignas de su fama. Durante el día 29 de marzo estuvieron espuestos sus restos en la sala de esculturas antiguas del Museo, y después de la misa, compuesta por Hotst y Hung, pronunció su panegirico el doctor Heiberg. Sobre el catafalco se habia colocado *La Esperanza*,



(Thorwaldsen.)

una de sus últimas obras. El cortejo que acompañó su cadáver al cementerio se componia del príncipe real y de otros miembros de la real familia, de los ministros, de muchos generales, de todos los artistas de la ciudad, de ochocientos estudiantes y de mas de ocho mil ciudadanos. En la puerta de la iglesia, el rey, vestido de luto, recibió el cuerpo, y la reina asistió á la misa, que celebró el obispo de Zelanda.

Conmueven estos testimonios universales de admiracion y de afecto, por lo mismo que se debe recordar la humilde cuna del ilustre artista, así como su juventud tan pobre y tan laboriosa.

#### DE LOS JARDINES DE FLORES O DE RECREO.

Los jardines se dividen en cuatro especies, que son: 1.<sup>a</sup> jardines de legumbres: 2.<sup>a</sup> parterres ó jardines de puro adorno: 3.<sup>a</sup> jardines de flores: y 4.<sup>a</sup> jardines á la inglesa.

De los jardines de la primera especie, ó que entendemos mas bien con el nombre de huertas, no hablaremos aquí, porque nos reservamos hacerlo mas estensamente en un tratado aparte.

Los jardines de la segunda especie, además de las plantas olorosas y de flores, tienen una distribucion simétrica y un compartimiento admirable, y están adornados de calles, parterres, dibujos, estatuas, fuentes, escalinatas, estanques, perspectivas, etc.; pero como no podemos presentar ejemplos patentes de esta clase de jardines, porque varian hasta lo infinito, nos abstenemos de hablar de ellos.

La tercera especie de jardines son aquellos que están destinados puramente al cultivo de un número de plantas escogidas, y no admiten mas adornos que la sencillez, el aseo y la pericia del jardinero, para determinar lo conveniente á la conservacion de las plantas puestas á su cuidado, bien lleven estas flores vistosas ó raras, ó bien se hallen mezcladas unas y otras con las de olores agradables. De esta clase de jardines es de la que nos proponemos hablar ahora, dejando para después el dar una ligera idea de los llamados á la inglesa.

Debemos advertir que aun cuando por su diversa formacion tengan los jardines distintos nombres entre los aficionados á la jardinería, no obstante son inalterables las reglas que dirigen las principales operaciones del cultivo de las plantas con que se forman.

#### DE LA SITUACION DEL JARDIN.

Debe elegirse para el jardín un paraje elevado, donde corra el aire libremente, y esté á cubierto de los vientos del Norte y de las costas, porque de ellas vienen los vientos impetuosos: para estos abrigos, ya sean del arte ó de la naturaleza, han de ser de modo que el jardín goce de todas las esposiciones para que se puedan cultivar en

él, así las plantas que nacen en el Mediodía como las que prosperan en el Norte. Las flores no se crian bien en los jardines pequeños, ni en los que se hallan rodeados de edificios altos, porque en estos el sol dura poco, bien porque va demasiado tarde, ó bien porque se quita muy temprano; además el sol se reconcentra en ellos y aboga las plantas, porque su ardor no se templá con el aire fresco que corre en los que se hallan desembarazados y libres: por la misma razon la humedad que se introduce una vez tarda mucho en disiparse; el rocío y el sereno son en ellos mas abundantes, y las heladas y escarchas les ocasionan mayor daño.

Ha de tener tambien el agua proporcionada á las necesidades del jardín, y si nace de fuentes conviene que haya un estanque capaz de contener una cantidad suficiente de agua para regar, que reciba el calor de la atmósfera, para que las plantas no se resientan de la mayor frescura que pueda tener el agua. Asimismo debe tener el suelo del jardín una pendiente suave y proporcionada á su estension, para que no se estanquen. Si esta pendiente es muy rápida, el agua arrastrará consigo la tierra vegetal ó humus, y solo dejará la tierra matriz.

#### CALIDAD DEL TERRENO.

Aunque es cierto que un aficionado á flores dispone como quiere la tierra donde piensa colocarlas, sacando, si es arcillosa, una porcion, que sustituye con otra preparada al intento, y si es arenosa, la mezcla con otra que le dé cuerpo y aglutine sus moléculas; y últimamente, que la tierra de un jardín de flores es hija del arte, y jamás puede hallarse preparada por la naturaleza sin ayuda del arte, es muy útil que el jardinero elija un terreno suelto, sustancioso y muy vegetal, porque habiendo de servir de base á los preparativos del jardinero, este no tendrá que hacer tantos gastos, ni le costará tanto trabajo el prepararla.

#### MODO DE PREPARAR LA TIERRA.

Las raices de las plantas nos indican suficientemente la profundidad de tierra buena que cada una de ellas exige. Después de haberse asegurado de la profundidad de las raices de cada planta, hay que considerar la direccion que toman y cuál es su forma: las plantas de cebollas, como los jacintos y los tulipanes, las de tubérculos, como los ranúnculos y los anémones, no quieren abonos animales, á no ser que estén muy podridos y reducidos al estado de mantillo. Si la tierra retiene el agua ó el suelo es arcilloso, se pudrirán estas cebollas, porque se mantienen mas por las hojas que por las raices, y al contrario, prosperarán en una tierra ligera, vegetal, sustanciosa y mezclada por partes iguales con hojas de árboles podridas, bastándoles una capa de ocho pulgadas de tierra preparada de esta manera.

Los claveles no exigen una tierra tan dulce, porque echarian muchas raices y pocas flores. Los alhelies y otras plantas semejantes prosperan en ella; pero prefieren una buena tierra mezclada con estiércol de animales, con tal que tenga la profundidad de doce á quince pulgadas el terreno en que se planten.

Solo hemos citado los ejemplos anteriores para manifestar la necesidad que hay de variar el suelo del jardín segun lo exija cada género de planta: cuando hablemos de estas en particular, diremos la preparacion de tierra que le conviene.

El uso del mantillo bien podrido y preparado es tan necesario al jardinero, que sin él no puede lograr buenas flores ni buena naciencia de las semillas que siembre: la combinacion de esta tierra vegetal aligera, suelta y vivifica las tierras con que se mezcla, y esta es la que conviene emplear en los semilleros, tiestos, etc., en que se cultivan plantas delicadas.

En los jardines de flores debe haber un sitio destinado solamente para preparar las tierras, que se ha de componer de algunas divisiones hechas con tabiques: estas divisiones las bañará el sol, estarán cubiertas con tablas ó paja ó con techo verdadero, para que la lluvia no lave la tierra que se halle en ellas, y para que espuesta á los rayos del sol atraiga la sal aérea, que es la que combina sus principios.

Las tierras se preparan luego que se les cae la hoja á los árboles, y la operacion se efectua de este modo: se amontonan las hojas solas ó mezcladas con tierra y abonos animales, segun el fin á que se destina. Si el cobertizo resguarda enteramente el monton y no pueden mojarlas las lluvias, se le echa agua, de modo que la humedad penetre hasta abajo, y se deja en este estado durante todo el invierno. En los primeros dias buenos de la primavera en que el sol calienta, se estiene el monton, se revuelve con la pala para mezclarle bien, y se vuelve á amontonar en el cobertizo: si esta tierra se halla seca se vuelve á mojar, porque sin humedad no hay fermentacion. En el mes de junio ó julio se vuelve á estender y remover, y se repite esta operacion en octubre.

Los floristas inteligentes no emplean la tierra preparada como acabamos de decir, sino después de haber pasado dos años en este estado,



que es el modo de conseguir la tierra suficiente y proporcionada á la naturaleza de cada planta en particular, porque de esta mezcla bien hecha y apropiada depende no solo la belleza de las flores, sino tambien la perfeccion de las especies.

#### REPARTIMIENTO DEL TERRENO Y ÉPOCA DE VERIFICAR LA SIEMBRA.

Los repartimientos del terreno, los dibujos y todos los adornos de un jardin varian tanto como el genio del jardinero ó del que está encargado de trazarlos; de consiguiente como esto depende del capricho ó gusto de cada uno, solo advertiremos que los compartimientos han de ser sencillos y despejados, porque son los mas útiles para las plantas y para el cultivo, y además son los que generalmente presentan mayor elegancia: la mezcla de diversas plantas, la espesura y el desorden estudiado de los jardineros, solo conviene á los llamados á la inglesa, mas no á los de flores. Uno de los primeros cuidados del jardinero florista ha de ser el distribuir el terreno de tal modo, que sin carecer de orden y hermosura en el compartimiento, queden varios claros donde puedan criarse algunas plantas, acomodándolas ya en un paraje ya en otro, segun la situacion y esposicion que requiera su naturaleza, porque unas apeteen el sol, otras la sombra, etc.

Preparada la tierra y distribuido el terreno, es necesario conocer cuál es la época mas á propósito para verificar la siembra: unos la ejecutan en primavera y otoño, otros la hacen en cualquier tiempo y estacion, y otros esperan á tal ó cual mes, consultando al propio tiempo la creciente ó menguante de la luna, y aun las horas del dia en que deben hacerlo; pero este sistema solo está fundado en la rutina. La época mas á propósito para la siembra es aquella en que los vegetales sazonan sus semillas y se desprenden de ellas ó las recoge el jardinero; pero siempre deben plantarse en una esposicion y situacion que facilite la naciencia y vegetacion de las nuevas plantas. Mas como no siempre en todos los climas ni con todas las plantas puede ejecutarse, se ha adoptado por regla general el hacer la siembra á principios de la primavera y otoño.

Cuando hay abrigos naturales ó artificiales, como estufas, camas calientes, portales de jardin, etc., pueden adelantarse las siembras y conservar las plantas; pero cuando se haya de verificar el caso es preciso seguir una regla que indique con exactitud la época en que se ha de sembrar, en la primavera, que debe ser en cualquier pais cuando los árboles indígenas empiezan á echar la hoja: esta operacion se repite en los meses de agosto y setiembre, adelantándola mas ó menos segun se anticipen ó atrasen los frios del invierno, y segun su mayor ó menor intensidad.

Las plantas que se consigan de ambas siembras, ya se hagan en cajones, en tiestos ó en semilleros, deben trasplantarse á los parajes convenientes, y colocarlas ya en el lado que mira al mediodia, ya en el que mira al norte, segun que resistan mas ó menos el frio.

#### PASCUAS A LAS MUSAS.

¡Oh vos, antiguas jóvenes,  
doncellas del Parnaso,  
oid mi anacreóntica,  
que con vosotras hablo!

Ya mazapan comiendo  
se acerca el fin del año,  
y están nuestros bolsillos  
en vísperas de parto.

Dichoso quien oprime  
los lomos del Pegaso,  
y trota por los aires  
atropellando pájaros.

Quien baila sobre el Pindo  
ya polkas, ya fandangos,  
ó toma en Hipocrene  
remojos hidropáticos.

¡Oh si pudiese, Musas,  
en dias tan aciagos  
envuelto en un soneto  
llegar á vuestros brazos!

Que allí con todas nueve

corriera por los campos  
que están en vez de flores  
de versos tapizados.

No el *rataplan* oyera  
de bélicos muchachos  
que imitan á la Alboni,  
á Herodes recordando.

Ni los sonoros ecos  
de los rabeles cándidos,  
orquestas de pastores,  
y de borregos pasmo.

Ni viera el aureo fruto  
que prueba que hay naranjos,  
ni cuál crece en las calles  
el número de pavos:

Ni por gustar el genio  
del arte *culinario*,  
diera á la cama un huésped  
y al médico trabajo.

Ni amigos me enviaran  
sus diligentes fámulos  
con un regalo á costas  
que pide otro regalo.

Entre las nueve ¡oh Musas!  
en plácido descanso  
no viera las cuartetitas  
en que me piden cuartos.

De fijo me libraba  
del que reparte el *Diario*,  
de los de dos periódicos,  
y tres obras ó cuatro.

Del oficial del sastre,  
del que hace los zapatos,  
y del que guia y llena  
los musicales carros.

De una arrugada ninfa  
del Manzanares manso,  
y de otra que disfrazan  
calzones de asturiano.

Del que con chuzo en ristre  
vigila por el barrio,  
del militar cartero  
y de otros mil que callo.

Mas ya que no es posible,  
librándome de tantos,  
¡oh Musas! estas pascuas  
pasar á vuestro lado,

Y ya que en tales dias  
los gordos y los flacos  
con una mano toman  
y dan con otra mano:

Yo que en renglones cortos,  
ya vistos, ya ignorados,  
de enero hasta diciembre  
vuestrós elogios canto;

Yo que por ver la risa  
vagar en vuestros labios  
sin conocer el mundo  
pensé hacer su retrato:

Yo que tan dulces horas  
pasé en vuestro regazo  
hurtándolas al Código,  
y á Don Alonso el Sabio;

Yo en fin que no os conozco  
logre por premio grato...  
saber si sois bonitas  
antes que acabe el año.

JOSÉ GONZÁLEZ DE TEJADA.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra.

FIN DEL TOMO DE 1852.